ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

POR DELEGACIÓN

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.

1887.



POR DELEGACION.

POR DELEGACION

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

Estrenado en el Teatro de LARA el 24 de Setiembre de 1887.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA	D.ª MATILDE RODRIGUEZ.
ROSA	DOLORES SANZ SEVILLA.
ENRIQUE	D. JOSÉ RUBIO.
FACUNDO	JUAN JOSÉ LUJÁN.
RAMON	CÁRLOS MIRALLES.
SEVERO	CARLOS. TOJEDO.

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Gabinete amuoblado con elegancia. Puertas al foro y laterales. En la izquierda, segundo término, nna vsntana.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, sola.

En la puerta del foro, so supone que habla con alguien que está fuera.

No, en este gabinete no está el paraguas... Mire usted á ver si le ha dejado en el recibimiento... Ahora le iba yo á permitir la entrada en estas habitaciones para que ensuciara bien la alfombra con sus zapatones llenos de lodo... ¡Ah! ¿Al fin, pareció?... Bien, bien, pues hasta otro día.

ESCENA II.

EMILIA y ROSA.

EMILIA. ¿Con quién hablabas, Rosa?
ROSA. Con el afinador de pianos, que acaba de salir.

EMILIA. ¡Ah, sí!... Por supuesto, ¿te habrás servido del que desde ayer vive en la vecindad?

ROSA. Naturalmente, ¿para qué había de salir á la calle buscando lo que tenemos en casa?

EMILIA. ¿Y cómo se llama el vecino?

ROSA. Pues... el afinador.

EMILIA. ¿Ese es su nombre?

ROSA. Nadie le da otro... También al aguador le dice todo el mundo el aguador, y al carbonero, el carbonero.

EMILIA. Es verdad. Y dime, ¿ha venido alguien á preguntar por mí?

ROSA. Sí, señora, ¡se me habia olvidado! Han traido esta carta para usted.

EMILIA. ¿Quién?

ROSA. El cartero.

EMILIA. (Mirándola.) ¿Del interior?... ¡Ah! ¡Qué tonta! ¡Pues no desconocía la letra!... Ve, Rosa, ve á la cocina á ver cómo anda el almuerzo, que va á dar la una.

ESCENA III.

EMILIA.

¿Qué la ocurrirá de nuevo á mi pobre hermana? ¿Á que la han puesto en algún otro compromiso los estúpidos celos de su esposo? Veamos... (Lee.) «Querida Emilia: Si ves á Facundo, dile que estuve ayer en tu casa de dos á cuatro...» ¡Lo que me figuraba!.. «Mamá te explicará la razón de este embuste. Si Julio te entrega, según me ha prometido, las cartas que de soltera le escribí, quémalas en seguida. Tu hermana, Cármen...» ¡Pobrecilla! ¡Qué suerte tan distinta la nuestra! Á ella le tocó un esposo tan suspicaz, cuanto es confiado el mío.

ESCENA IV.

EMILIA y RAMÓN.

RAMON. ¿Pero no se almuerza en esta casa?
EMILIA. ¡Ah! ¿Eres tú? (Guarda la carta.)
RAMON. Sí... ¿He venido á molestarte?
EMILIA. ¡Por Dios! No digas eso.
RAMON. ¡Como estabas leyendo una carta!
EMILIA. ¡Hola! Ya asomó la oreja la curiosidad.
RAMON. No lo creas.
EMILIA. ¿Á qué negarlo? Tú deseas saber quién me ha escrito...
RAMON. Si el decírmelo no te violenta; pero...
EMILIA. ¡Violentarme! ¿Acaso tengo yo secretos para tí?
RAMON. Ya lo sé que no..,
EMILIA. Pues me escribe mi modista... asunto de trapos... Entérate.
RAMON. ¡Líbreme Dios! No entiendo una palabra de esas cosas.
EMILIA. Es que no quiero que te quedes con dudas.
RAMON. ¿Con dudas? ¡Qué inocente! Si te conozco en la cara que me has dicho la verdad.
EMILIA. ¿Sí?
RAMON. Ya lo creo. Conque que no se te ocurra jamás engañarme, porque no haré más que mirarte al rostro y te lo conoceré.
EMILIA. Sí, como ahora has conocido que no te engaño.
RAMON. Precisamente.
EMILIA. Es que no sé fingir. (¿Para qué he de enterarle de las tribulaciones de mi hermana?)
RAMON. (¡Alma de Dios!) Conque ¿almorzamos? Ya sabes que tengo que ir á Bolsa.
EMILIA. En seguidita. (Llama.) ¡Rosa!

ESCENA V.

DICHOS y ROSA, luego ENRIQUE.

ROSA. Mande usted.

EMILIA. ¿Está pronto el almuerzo?

ROSA. Sí, señora.

RAMON. Pues, ea, á la mesa, á la mesa ahora mismo.

EMILIA. Que calienten el agua para el café. (Mútis Emilia y Ramón.)

ENRIQUE. (Asomando por la puerta del foro.) ¡Uy! la criada! (Se retira rápidamente.)

ROSA. Tengo tiempo todavía de arreglar el gabinete... ¡Uy, qué manera de llover! Voy á cerrar el balcón de la sala...

ESCENA VI.

ENRIQUE.

¡Nadie!... ¡Pero! tengo un miedo! ¡Si me llegasen á sorprender!... Señor, ¿quién me mete á mí en estos líos? ¿Por qué, cuando Julio me propuso que le viniese á entregar estas cartas á la hermana de su antigua novia, no le contesté yo: vete tú, si quieres? Verdad que me lo suplicó tanto, y me pintó con tan vivos colores los peligros que corría, caso de ser sorprendido por el marido celoso... Y luego yo... ¡como todos los amigos han hecho alguna valentía de este género!... Y como Julio no hacía más que decirme: no seas cobarde, no seas mándria... Pero, Señor, si nací mándria y cobarde, ¿qué culpa tengo yo?... Y ahora me ocurre que todavía estoy yo más expuesto que el mismo Julio, porque ni conozco al marido de Cármen, ni sabría qué decir al de Emilia, si me encontrase aquí... No sé por qué me parece que me van á romper algo en esta casa...

EMILIA. (Dentro.) ¡Rosa!

ENRIQUE. ¡Ah! Debe ser Emilia... Y está en esa habitación... ¿qué me detiene?... Entro, la arrojo las cartas sobre el vestido, echo á correr en seguida y de dos saltos me pongo en la calle... ¡Ánimo! (Se acerca de puntillas á la puerta.) Voy á hacer una hombrada... (Va á abrir, y oye la voz de Ramón.)

RAMON. ¡Rosa!

ENRIQUE. ¡Vírgen Santísima!... ¡El marido! Me voy á escape... (Al volverse se encuentra con Rosa.)

ESCENA VII.

ENRIQUE y ROSA.

ROSA. Mande usted.

ENRIQUE. (Me dividió.) Usted dispense....

ROSA. ¡Caballero! (¿Qué hace este hombre aquí?)

ENRIQUE. ¡Señorita!

ROSA. ¿Qué se le ofrece á usted?

ENRIQUE. ¿Á mí?... Nada...

ROSA. ¿Qué hace usted aquí, entonces?

ENRIQUE. Pues, ya usted lo ve, nada tampoco.

ROSA. ¿Se está usted burlando?

ENRIQUE. No, no señora... La diré á usted: yo necesito hablar con... con Martínez.

ROSA. ¿Qué Martínez?

ENRIQUE. Pues... Martínez... el dueño de esta casa. (Me salvé.)

ROSA. Pero, caballero, si el amo de esta casa se llama Gómez.

ENRIQUE. ¿Gómez?

ROSA. Sí, señor.

ENRIQUE. ¿Y no se ha llamado Martínez nunca?

ROSA. ¡Hombre! ¿Cómo va á andar cambiando de apellidos?

ENRIQUE. No, no es eso, quise decir... ¿con que Gómez? Pues no hay duda, me he equivocado de piso.

ROSA. Acaso.

ENRIQUE. Perdóneme usted la molestia. Servidor de usted. (Vase.)

ROSA. Vaya usted con Dios... ¡Buena manera de entrar en las casas! Y ni siquiera se tomó el cuidado de limpiarse las botas... Voy á cepillar la alfombra antes de que la vea la señorita.

ESCENA VIII.

RAMÓN y FACUNDO.

RAMON. Bien, pues á las cuatro en punto volveré. (Hablando con

Emilia, que no sale.) ¿Dónde está mi sombrero? (Le ve.) ¡Ah!

FAC. La puerta de la escalera abierta... ¡Perfectamente!

RAMON. ¡Hola!... Sí, se descompuso el pestillo esta mañana.

FAC. ¿Y por qué no le has mandado componer?

RAMON. Ya le he hecho; pero se conoce que el cerrajero está ocupado y no ha venido todavía.

FAC. Y tú, ¡tan tranquilo!

RAMON. ¿Qué he de hacer?

FAC. ¡Ramón, eres casado!

RAMON. ¡Ya lo sé, Facundo!

FAC. Entonces...

RAMON. Pero qué, ¿piensas que yo desconfío de mi mujer como tú de la tuya?

FAC. No, no, ¡alto ahí! yo no desconfío.

RAMON. Sí, niégalo, y no la dejas ni á sol ni á sombra.

FAC. Porque cumplo á conciencia mis deberes de esposo.

RAMON. Bien, no discutamos, ¡no nos hemos de entender!... ¿Qué se te ofrece? ¿Por qué vienes á visitarme?

FAC. ¡Ah! ¿Te figuras que te vengo á visitar? ¡Qué cándido! Por ventura, un marido que merezca tal nombre, ¿tiene tiempo de hacer visitas?

RAMON. ¿Por qué no!

FAC. Porque no. Yo de soltero era comerciante é industrial, y ahora...

RAMON. Eres rentista.

FAC. Soy marido, solamente marido, y no me queda tiempo para más. En este mismo instante estoy trabajando en esa profesión.

RAMON. ¿Sí?

FAC. Me ocupo en averiguar dónde pasó Cármen el día de ayer. ¿No estuvo en esta casa de dos á cuatro de la tarde?

RAMON. No la ví.

FAC. Pues, ea, sepamos pronto si tu mujer la vió.

RAMON. La llamaré.

FAC. Pero cuidado con hacerla señas.

RAMON. ¿También de mí desconfias? ¡Emilia!
FAC. Tengo que llenar esta laguna: no hay más remedio.

ESCENA IX.

DICHOS y EMILIA.

EMILIA. ¿Me llamas?
RAMON. Sí; está aquí Facundo que quiere saludarte.
EMILIA. ¡Ah!
FAC. (Cuidado con las señas.) Pasaba por la calle, y me dije: ¿ya qué estoy aquí? subiré á saludar á mis hermanos.
EMILIA. ¿Y Cármen?
FAC. Buena, muy buena... ¿Porqué te rascas la nariz, Ramón?
RAMON. Pues... porque me pica.
FAC. ¡Ah!... Y á propósito de Cármen: no pareceis hermanas; os veis de uvas á brevas.
EMILIA. No es cierto...
FAC. ¿Por qué sacas el pañuelo?
RAMON. ¡Hombre, porque tengo necesidad de él!
EMILIA. Cármen y yo nos vimos ayer.
FAC. ¡Ah, sí! Me lo ha dicho; ayer por la mañana...
EMILIA. No, hijo, no; por la tarde...
FAC. Ah, tienes razón, por la tarde; os encontrásteis en una tienda.
EMILIA. No, hombre, no: vino ella aquí y me acompañó un par de horas, de dos á cuatro.
RAMON. ¿Lo ves?
FAC. Sí, sí: si estaba seguro; pero ahora tengo la prueba.
EMILIA. ¡Ah! ¿Con que esto ha sido un interrogatorio formal?
FAC. No, mujer, no...
EMILIA. Sí, señor, y debí conocerlo, sabiendo lo estúpidamente celoso que eres.
FAC. ¡Yo! ¡Yo celoso! ¡Pues no dice que soy celoso!
EMILIA. ¡Y para esto dejé mi trabajo! Vaya, vaya, buenas tardes.

RAMON. Pero, ¿te has incomodado?
EMILIA. Contigo, no. ¿Vas á ir al cabo á la Bolsa?
RAMON. En seguida.
EMILIA. Pues, ¡adios!

ESCENA X.

FACUNDO y RAMÓN.

FAC. Eres un marido inverisímil.
RAMON. ¿Por qué?
FAC. Porque vas á Bolsa y se lo dices á tu mujer. Infeliz, ¿sabes á lo que te expones? ¡Abandonar la casa todos los días á la misma hora!
RAMON. ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!
FAC. Yo cuando salgo, nunca se lo digo á Cármen, ó si se lo digo es para volver á entrar en casa á los cinco minutos, fingiendo que se me ha olvidado algo. Así únicamente es como puede un marido ir á Bolsa... de cuando en cuando.
RAMON. Es que yo no soy como tú.
FAC. Bueno, allá te la hayas. Mi información ha terminado: á la una á casa de la modista, después á la perfumería. y luego aquí hasta las cuatro... Perfectamente; no queda minuto donde poder colocar una sospecha. ¿Podrías tú decir otro tanto?
RAMON. No me hace falta; yo soy dichoso sin eso.
FAC. ¡Dichoso! Pero, hombre, ¿dónde tienes la prueba de tu dicha?
RAMON. No la necesito: tengo confianza en mi mujer, que es mejor. Mira, hace un rato, cuando entré en este gabinete, estaba Emilia leyendo una carta.
FAC. ¡Hola!
RAMON. Pero me dijo que era de su modista.
FAC. ¿Y tú no se lo creiste?
RAMON. Sí; se lo creí.

FAC. ¡Ah, vamos! Ya lo entiendo, te fuiste á casa de la modista á enterarte.

RAMON. ¡Quiá! Ni siquiera pensé en semejante cosa.

FAC. ¡Dios mío, se considera dichoso, y no lee las cartas que su mujer recibe, ni indaga su procedencia! Á mí me podía venir con esas Cármen. ¡Quiá!... Cuando entro en casa pregunto siempre con la mayor naturalidad: ¿Qué quería ese caballero que vino antes?—¿Qué caballero?—contesta Cármen, no he visto á ninguno. Observo su cara, me fijo en su voz, y estoy seguro de conocer si dice la verdad. Después, y como quien no hace nada, examino la colocación de las sillas, las manchas de la alfombra... (Mirando al suelo y espantado.) ¡Caracoles!

RAMON. ¿Qué es?

FAC. Mira.

RAMON. ¿Qué?

FAC. ¿Has recibido hoy alguna visita?

RAMON. No.

FAC. ¿Y Emilia?

RAMON. Tampoco; no me ha dicho nada.

FAC. Entonces ¿de quién es este pie?

RAMON. ¿Cuál? No veo más piés que los nuestros.

FAC. Este, este perfectamente marcado en la alfombra. No es tuyo, ni mío, ¿de quién es?

RAMON. ¡Qué se yo!

FAC. ¿Y te quedas tan tranquilo?

RAMON. ¡Ah! Será del afinador de pianos, que estuvo aquí esta mañana.

FAC. ¿Y si no fuera de él?

RAMON. ¡Canastos! ¿También de la fidelidad de mi esposa quieres pruebas?

FAC. Si... Llama á la chica, Ramón.

RAMON. Pero, Facundo...

FAC. Llama á la chica inmediatamente, y verás lo que yo haría en tu caso.

RAMON. Bueno; lo haré por complacerte. ¡Rosa!

ESCENA XI.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Mande usted.

RAMON. ¿Verdad que ha venido esta mañana?...

FAC. ¡Silencio!... ¿Tú sabes dónde vive el afinador de pianos que ha estado aquí?

ROSA. Sí, señor; arriba.

FAC. Perfectamente; pues sube, sube á buscarle y que venga en seguida.

RAMON. Pero ¿qué vas á hacer?

FAC. Ya lo verás. Déjalo todo á mi cargo... Anda, vé de prisa (Vase Rosa.)

RAMON. Te lo confieso, Facundo; me dá vergüenza obrar así; siempre buscando la prueba del mal.

FAC. No, señor: la del bien: yo quiero demostrarte que este pie no pertenece á nadie que atente á tu honor, que es un pie cándido, sencillo, inocente, y, como lo consiga, verás qué tranquilo quedas.

RAMON. ¡Si ya lo estoy!

FAC. Lo crees así; pero te equivocas; sin conocer al dueño, ese pie te estaría siempre pisando el corazón.

RAMON. Pero, hombre, si no tengo más que preguntar á mi mujer.

FAC. ¡Líbrete Dios! Eso heriría su amor propio y no descubrirías nada. En estos asuntos hay que proceder sin oir á las partes.

RAMON. ¡Qué hombre! Me va á volver loco.

FAC. Cuanto más le examino, menos me parece este pie un pie de afinador.

ESCENA XII.

DICHOS, ROSA y SEVERO.

ROSA. Aquí está el afinador.

FAC. Pase usted, caballero, pase usted.

SEVERO. ¡Qué! ¿No ha quedado bien el piano?

RAMON. Sí, sí, ha quedado perfectamente.

FAC. Pero ahora no se trata de eso. Haga usted el favor de aproximarse.

SEVERO. ¿Yo?

RAMON. Sí, venga usted aquí.

SEVERO. (¿Qué me querrán?)

FAC. Adelante usted un pié

SEVERO. ¿Un pié? (Le adelanta.)

FAC. Un poquito más... Así...

ROSA. (Parece que le van á tomar medida de unas botas.) (Facundo y Ramón, ambos de rodillas.)

FAC. ¿Lo ves?

RAMON. Sí.

SEVERO. (Qué verán?)

FAC. ¿Te convences? No es éste; le sobra una pulgada.

SEVERO. No, no señor, no me sobra nada.

RAMON. Bien; puede usted retirarse.

SEVERO. ¡Ah! ¿No me buscaban ustedes más que para verme el pié?

FAC. Nada más.

SEVERO. (¡Qué cosa más rara!) Pues á las órdenes de ustedes. (Vase.)

FAC. Ramón, ¿de quién es ese pie?

ROSA. Del afinador, ¿no lo acaban ustedes de ver?

FAC. No se trata de aquél, sino de éste, éste que está marcado en la alfombra.

ROSA. ¡Ah! Esta mancha? La dejó un señorito que estuvo aquí antes.

RAMON. ¿Un señorito?

FAC. Ramón, serenidad.

ROSA. Sí, uno que traía las botas llenas de lodo.

FAC. ¿Y á qué vino?... ¡Serenidad, Ramón!

ROSA. Pues á preguntar por un señor Martínez.

FAC. Y tú te llamas...

RAMON. Gómez.

FAC. ¡Gómez! ¡Martínez! No son apellidos fáciles de confundir.

RAMON. Pero, ¿y quién era ese hombre? ¿Le conoces tú?

ROSA. No, señor; pero si ustedes le quieren ver, se está paseando hace una hora por la acera de enfrente.

FAC. ¡Se pasea! Aguarda á que salgas para volver.

RAMON. ¡Por Dios, Facundo! (Corre á la ventana.) Pues no veo á nadie.

ROSA. No, por ahí, no; se le ve por el balcón de la sala, porque está en la esquina, frente al portal.

FAC. ¡Frente al portal! ¿No lo dije? Vamos á conocerle, y mucha serenidad, Ramón. (Vanse.)

ESCENA XIII.

EMILIA y ENRIQUE.

ENRIQUE. Son cerca de las tres: el marido va todos los días á Bolsa, según dice Julio; conque ya se debe de haber marchado... Sin duda salió cuando me metí en el café de la esquina, huyendo del aguacero... ¿Pero dónde estará Emilia? ¡Ah! Ella debe ser... ¡Señora!

EMILIA. ¡Caballero! (¿Quién será?)

ENRIQUE. Al cabo tengo la fortuna de encontrarla á usted sola.

EMILIA. ¿Eh? (Asustada.)

ENRIQUE. ¿No está en casa su marido de usted, verdad?

EMILIA. ¡Caballero!

ENRIQUE. No, no se asuste usted: yo no vengo á hacerla á usted el amor. Vengo á prestarla un servicio.

EMILIA. ¿Á mí? Yo no le conozco á usted.

ENRIQUE. Tampoco yo á usted; pero no importa. Soy íntimo amigo de Julio Tijeretas.

EMILIA. ¡Ah!

ENRIQUE. Que, como usted sabe, fué novio de su hermana de usted hasta el mismo día que se casó con don Facundo, y no sé si hasta el día siguiente...

EMILIA. Bueno, bueno... Adelante.

ENRIQUE. Pues Cármen le ha pedido sus cartas á Julio, porque don Facundo tiene no sé qué sospechas...
EMILIA. Sí, sí, pero acabe usted.
ENRIQUE. Y Julio me las ha dado para que yo...
EMILIA. Entendido, entendido... Muchas gracias, caballero...
ENRIQUE. No le digo á usted que no las merece, porque no sería verdad... ¡Si usted supiese el miedo que he pasado!
EMILIA. Bueno, pues las repito, y hágame usted el favor...
RAMON. (Dentro.) ¿Ves cómo no hay nadie?
EMILIA. ¡Ah! ¡Mí marido!
ENRIQUE. ¡Vírgen Santísima!
FAC. (Dentro.) No te fies, no te fies.
EMILIA. ¡Y Facundo!
ENRIQUE. ¿También Facundo? ¡Esta sí que es negra!.. ¿Por dónde me voy?
EMILIA. Por ahí, por ahí...
ENRIQUE. ¡Á escape! (Se le cae el paraguas.) ¡Maldito paraguas!
EMILIA. ¡Silencio, por Dios!
ENRIQUE. ¡Santísimo Cristo! Me cogieron en la ratonera.

ESCENA XIV.

DICHOS, FACUNDO, RAMÓN y ROSA.

RAMON. ¡Ah!
FAC. ¡Oh!
ENRIQUE. ¿Eh?
ROSA. Ese es, ese es.
FAC. ¡Silencio! (Se miran los dos.)
ENRIQUE. ¡Caballeros!
RAMON. ¡Caballero!
EMILIA. Mira, Ramón...
RAMON. Dispensa un instante. (Á Enrique.) ¿Qué se le ofrece á usted?
FAC. ¿Deseaba usted alguna cosa?
ENRIQUE. Caballeros, yo... yo...
EMILIA. Es un hombre á quien no conozco, y que ha entrado aquí preguntando...

RAMON. ¿Por quién?

FAC. ¿Por quién?

ENRIQUE. Pues por... por... el señor Martínez.

ROSA. ¿Otra vez? Si ya le dije á usted antes que no vivía aquí.

FAC. ¡Hola!

RAMON. ¿De modo que es la segunda vez que viene usted á esta casa?

ENRIQUE. Sí, me parece que sí, pero no estoy seguro.

FAC. La primera vez dejó usted huellas en la alfombra... Vea usted.

ENRIQUE. ¡Ah! Dispensen ustedes; pero si no es más que eso, limpiaré las manchas con mucho gusto.

RAMON. ¡Quieto! y diga usted qué se le ofrece.

ENRIQUE. Si ya lo he dicho... quisiera ver al señor Martínez.

FAC. Aquí no hay ningún Martínez.

ENRIQUE. Pues ustedes perdonen: me habré equivocado de piso. ¡Subo las escaleras tan de prisa!

FAC. Procure usted no bajarlas más de prisa todavía, de un golpe...

ENRIQUE. Ya lo creo que lo procuraré. (Éste me va á tirar al patio de cabeza.) Conque dispensen ustedes la molestia, y hasta otro rato.

FAC. ¡Un instante!... Es fácil convencerse de que vive un Martínez en esta casa. Vamos á verlo, Ramón.

RAMON. ¡Bien pensado!

ENRIQUE. No, no se incomoden ustedes, yo iré.

FAC. ¡Quiá! Usted espera aquí...

ENRIQUE. Pero...

RAMON. Usted espera aquí.

FAC. Haga usted el favor de sentarse. Tú, Ramón, vete á preguntar en la portería: Emilia y yo acompañaremos entre tanto á este señor.

RAMON. Perfectamente. Vuelvo en seguida. (Mútis.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos RAMÓN.

FAC. Conque sentémonos.

ENRIQUE. Muchas gracias. (¿Qué va á ser de mí?) (Pausa larga.)

EMILIA. Supongo que no pensarás...

FAC. Nada, nada absolutamente... (Pausa.)

EMILIA. Ustedes tendrán que hablar, y yo con su permiso...

FAC. No, no se moleste usted... ¡Ah! ¡El paraguas!

ENRIQUE. No, no...

FAC. ¡No faltaba más!... Rosa, pon por ahí este paraguas.

ENRIQUE. Muchas gracias. (Pausa.)

EMILIA. (¡Qué situación!)

FAC. ¡Ah! El sombrero y el abrigo...

ENRIQUE. No, si no me molestan...

FAC. No lo niegue usted, no lo niegue usted... Rosa, el abrigo y el sombrero de este señor.

ENRIQUE. (No hay por donde pasar. ¡Y las cartas que van ahí!)

EMILIA. (Estoy temiendo que concluya por confesarlo todo.) (Pausa.)

ENRIQUE. Francamente, no quisiera ser importuno, y...

FAC. De ninguna manera: nos está usted haciendo pasar un rato agradabilísimo con su amena conversación.

ENRIQUE. Sin embargo, desearía ayudar en sus pesquisas al caballero que ha salido... Ya ven ustedes que está feo que le deje sacrificarse por mí.

FAC. ¡Quiá! Si le proporciona usted un grandísimo placer.

ENRIQUE. (¡No hay escape!)

FAC. (No se miran. Es claro, el mismo disimulo los vende.)

ENRIQUE. (Nada, éste debe ser el marido de Emilia, y yo le digo la verdad.) ¡Caballero!

FAC. Decía usted...

ENRIQUE. Acaso habrá usted pensado que esta señora y yo...

FAC. ¿Qué?

ENRIQUE. ¡Eso!... Pues no hay tal cosa... está usted en un error... Caballero, supongo que usted amará á su cu-

ñada de usted.

EMILIA. (¡Vírgen Santa!)

FAC. Ya lo creo.

ENRIQUE. Pues ayúdenos usted á salvarla.

FAC. (Ya empieza á confesar.)

ENRIQUE. Después de todo, no ha cometido más que una ligereza disculpable en su edad.

FAC. ¿Sí?... (Á Emilia.) ¿Qué tal?

EMILIA. ¡Yo no puedo tolerar que se me insulte!

ENRIQUE. ¿Á usted?

FAC. ¡Calma! ¡Calma!

EMILIA. Yo soy la cuñada de este caballero...

ENRIQUE. ¿Usted?... Sí... sí... ya lo sé. (¡Caracoles! Se lo iba á contar todo al interesado.)

FAC. Nada, no hay que echar por las de Pavía: Cuénteme usted lo que haya habido antes de que vuelva Ramón y yo trataré de arreglar el asunto.

ENRIQUE. (¿Y qué le digo ahora á este hombre?)

FAC. ¿De qué ligereza hablaba usted?

ENRIQUE. ¿Yo? ¡Cómo! ¿He hablado de ligereza?

FAC. ¿Qué? ¿Lo va usted á negar?

ENRIQUE. No, no señor; sino que no me acordaba...

FAC. Pues explíquese usted.

ENRIQUE. Inmediatamente. (¡En buen lío me he metido!) Esta señora atravesó ayer la calle de Alcalá en el momento en que la atravesaba ya también... sólo que ella iba de Fornos al Suizo, y yo, del Suizo á Fornos... no, al contrario, ella del Suizo á Fornos, y yo... no, no, tampoco...

FAC. Bueno, es lo mismo; adelante...

ENRIQUE. Pues bien; esta señora iba á paso ligero, muy ligero... justo, muy ligero, ¿no ve usted, ya aquí la ligereza?

FAC. No, señor; no veo más que la pesadez, porque es usted como un plomo...

ROSA. El señorito.

ENRIQUE. (¡Gracías á Dios! Porque no sabia cómo salir del enredo.)

ESCENA XVI.

DICHOS, RAMÓN y SEVERO.

RAMON. Pase usted, caballero.

SEVERO. (¿Querrán verme el pie otra vez?)

FAC. ¡Ah! El vecino de antes. ¿Se llama Martínez?

SEVERO. Para servir á ustedes.

RAMON. Y no hay otro en toda la casa.

ENRIQUE. (¿Qué va á pasar aqui?)

SEVERO. Ustedes dirán en que les puedo ser útil. ¿Quieren ustedes que les afine?...

FAC. No, señor; somos bastante finos.

RAMON. Este caballero desea hablar con usted.

SEVERO. ¿Sí? Pues no tengo el gusto de conocerle.

ENRIQUE. Verdad, no tiene el gusto de conocerme... aunque no; el gusto sería mío... (¿Y qué le digo yo á este hombre?)

FAC. (Emilia está agitada.)

RAMON. Conque ¿es este el señor Martínez por quien usted preguntaba?

FAC. ¿Sí ó no?

ENRIQUE. ¡Qué se yo! Esperen ustedes un poco y lo veremos... ¿Usted es Martínez?

SEVERO. Sí, señor.

ENRIQUE. ¿Por parte de su padre?

SEVERO. No, por parte, no; por mi padre todo entero.

ENRIQUE. ¿Y ha sido usted militar?

SEVERO. No, señor.

ENRIQUE. ¡Ah! Pues usted dispense; pero no es usted el que busco.

FAC. ¡Ya lo oyes! (Á Ramón.)

SEVERO. Pues si ustedes no mandan otra cosa...

RAMON. Únicamente que perdone usted la nueva molestia.

SEVERO. Pues servidor de ustedes. (¡Qué gente más rara!) (Vase.)

ENRIQUE. Yo le agradezco á usted mucho lo que ha hecho por m

y puesto que ese Martínez no es el que busco, me retiro...

FAC. ¡Quiá! No, señor; tenemos derecho á saber si efectivamente veníalusted á esta casa buscando á un Martínez.

ENRIQUE. ¿Á quién si no?

FAC. *That ist the questión*, que dijo Shakespeare, *that ist the questión.*

ENRIQUE. No sé inglés, caballero.

FAC. Yo tampoco; pero no se trata de eso: sino de Martínez.

ENRIQUE. ¿De Martínez?... ¡Ah! Ya caigo... ¿Á que no saben ustedes lo que me ha sucedido?

RAMON. ¿Qué?

ENRIQUE. Que me he equivocado de número, yo venía al ocho.

FAC. Y éste es el dos.

ENRIQUE. ¿Vé usted! ¡Y como el dos y el ocho son tan parecidos!

FAC. Sí, como un huevo y una castaña.

ENRIQUE. Eso es... Pues nada, voy corriendo á preguntar en el número ocho. Dispensen ustedes que les haya molestado, y reconózcanme por un...

FAC. No, si le acompañaremos á usted...

ENRIQUE. ¿Qué me acompañarán ustedes?

FAC. Sí, hasta que encuentre á Martínez.

ENRIQUE. (¡Vírgen Santísima!)

FAC. Vamos, Ramón, vamos al número ocho con este señor.

RAMON. ¡Andando!

EMILIA. ¡Cómo! ¿Tú también? ¿No me acompañas ya á paseo?

RAMON. No, hija; quiero convencer á Facundo de tu inocencia.

FAC. Tome usted su sombrero...

ENRIQUE. Mil gracias. (Se le pone.)

FAC. Y mi abrigo...

ENRIQUE. (¿Y cómo doy yo esquinazo á estos hombres?)

EMILIA. (Á Enrique ap.) Le aguardo á usted.

ENRIQUE. (Id. á Emilia.) Volveré si me es posible.

FAC. ¿Qué busca usted ahí?

ENRIQUE. No, nada, el sombrero, que no recuerdo donde le puse.

FAC. Si le tiene usted en la cabeza.

ENRIQUE. ¡Ah! Es verdad... ¡soy tan distraido!

FAC. (Se han hablado en secreto... ¡Pobre Ramón!)

RAMON. ¿Vamos?

FAC. Inmediatamente.

ENRIQUE. Señora... (Facundo le coge el brazo y le lleva sin dejarle concluir.)

ESCENA XVII.

EMILIA.

No sabe mi hermana lo que me hace pasar, porque su marido no se contenta con vigilarla á ella, y también á mí quiere vigilarme... Y el caso es que ha conseguido, al fin, que Ramón desconfíe, porque desconfia, lo he visto bien claro... Pero, ¡esas cartas!... Necesito recogerlas y quemarlas en seguida... ante todo la honra y la dicha de Cármen... Luego, cuando se tranquilice, yo le contaré la verdad á Ramón y estoy segura de que me creerá...

ESCENA XVIII.

EMILIA y ENRIQUE.

ENRIQUE. Ya estoy aquí, señora.

EMILIA. ¡Ah! ¡Cuánto se lo agradezco á usted!

ENRIQUE. Mis acompañantes empiezan á subir la escalera del número ocho creyendo que les sigo.

EMILIA. Bien, bien; acabemos cuanto antes, ¿y las cartas?

ENRIQUE. Se las voy á dar á usted ahora mismo. (Busca en los bolsillos del abrigo.)

EMILIA. ¡Gracias á Dios!

ENRIQUE. ¡Santo Cristo!

EMILIA. ¿Qué es?

ENRIQUE. Que las he perdido.

EMILIA. ¿Qué dice usted?... ¡Qué torpeza!

ENRIQUE. Señora, no me insulte usted encima... ¡Cielos! Este abrigo no es mío... me le han cambiado...

EMILIA. Á ver... ¡Es el de Facundo!

ENRIQUE. Y él tiene el mío... Lleva sobre sus hombros el cuerpo del delito.

EMILIA. Ha perdido usted á mi hermana.

ENRIQUE. No, el que se perderá soy yo si no pongo piés en polvorosa... Va á creer que las cartas van dirigidas á mí, y es capaz de matarme, porque debe ser muy bruto.

EMILIA. ¿Y qué hacer? ¿Cómo salvamos á Cármen?

ENRIQUE. Creo que ahora lo mas urgente es que me salve yo... Conque... á los piés de usted... (Retrocede desde la puerta del foro.) ¡Cáspita! Álguien ha entrado... Puede que sea Facundo...

EMILIA. Probablemente, y quizás haya leido ya las cartas.

ENRIQUE. Señora ¿dónde me escondo?

EMILIA. Aquí, entre usted aquí. (Enrique coge el abrigo y se va precipitadamente.)

MILIA. ¡Ah! ¡El sombrero! (Le coloca sobre una butaca.)

ESCENA XIX.

EMILIA y RAMÓN.

RAMON. ¡Cargue el diablo con Facundo! Ha preguntado en todos los entresuelos y principales del número ocho, si vive en ellos algún Martinez. Ahora va á los segundos y no le he querido seguir: es una información vergonzosa.

EMILIA. Pero, ¿desconfías de mí?

RAMON. No, desconfiar precisamente, no; pero ¡como ese Facundo es tan posma!

EMILIA. Al hacerte solidario de sus extravagancias, me has ofendido.

RAMON. ¿Yo?... Por supuesto que no te negaré que me alarmó un poco la insistencia de aquel sietemesino, y que si le encontrase otra vez en mi casa, tal vez le arrojaría por el balcón.

EMILIA. (Si llega á saber que está aquí.)

RAMON. Pero sí sospeché de sus propósitos, nunca de tu virtud.

EMILIA. Vamos, eso me reconcilia contigo.

RAMON. ¡Ay! Estoy cansado de tanto subir y bajar escaleras. (Se sienta.) Ven, siéntate á mi lado, en esa butaca.

EMILIA. ¿En esa? No, si yo no estoy cansada.

RAMON. No importa; siéntate, mujer, que tenemos que hablar.

EMILIA. (No hay mas remedio.) (Se sienta sobre el sombrero.)

RAMON. ¿Qué tienes? Parece que estás asustada.

EMILIA. No; ¡asustada! ¿por qué?

RAMON. Eso quisiera yo que me dijeras.

EMILIA. (Yo se lo voy á confesar todo; es lo mejor.)

RAMON. Conque, habla.

EMILIA. Mira, Ramón, te voy á confesar una falta que he cometido.

RAMON. ¡Zambomba! (Levantándose.)

EMILIA. No, no te alarmes: la falta no es tan grave como quizás presumas.

RAMON. Habla, habla pronto. ¿No ves que estoy en vilo?

EMILIA. No negaré que te he querido engañar.

RAMON. ¡Zapateta!

EMILIA. Y hasta que te he engañado.

RAMON. ¿Qué estoy oyendo?

EMILIA. El joven que estuvo aquí, no preguntaba por ningun Martínez.

RAMON. ¿De modo que Facundo tenía razón?

EMILIA. No, tampoco: déjame explicar, si quieres...

FAC. (Dentro.) ¡Siempre de par en par la puerta!

EMILIA. ¡Facundo!

RAMON. ¡Silencio, ni una palabra en su presencia.

ESCENA XX.

DICHOS y FACUNDO.

FAC. Parece mentira que haya en Madrid quien viva de este modo.

EMILIA. (¡Está contento! No ha visto las cartas todavía.)
FAC. En el piso cuarto de la izquierda he encontrado un Martínez, pero tampoco ha sido militar.
RAMON. ¿Y qué deduces de eso?
FAC. Pues que el joven fugado buscaba á Martínez lo mismo que á mí.
RAMON. (¡Á quién se lo cuenta!)
EMILIA. El abrigo te está molestando: trae, le pondré sobre una silla.
FAC. No, gracias, me voy á marchar en seguida.
RAMON. Bueno; pues una vez que Martínez no parece y que aquel joven desapareció...
FAC. Sí, es preciso dirigir por otro lado las investigaciones.
EMILIA. ¿Pero insistes en obligar á mi esposo á que sospeche de mí?
RAMON. (Estoy en ascuas.)
FAC. Al revés: lo que deseo es darle la prueba completa de tu fidelidad.
RAMON. Bueno, pues no la necesito,
EMILIA. Ya lo oyes.
FAC. ¡Ingrato! Yo que quería convencerle de que aquel caballerito no venía por tí.
RAMON. ¡Pero si estoy convencido! (¡Ay, no fuera malo!)
FAC. Pues no se hable más: me marcho, y allá vosotros. (*Ve el sombrero aplastado de Enrique y le coge.*) ¡Cáspita! ¿Quién se ha sentado sobre mi sombrero?
EMILIA. (¡Vírgen Santísima!)
RAMON. Nadie: desde que entraste hemos estado los tres de pie.
FAC. Pues mira... ¡Ah! No es mi sombrero, es el tuyo.
RAMON. ¡Á ver!... No, mío, no: de modo que tiene que ser tuyo, Facundo.
FAC. No... mira el mío donde está.
RAMON. Y allí el que yo gasto.
EMILIA. (¡Se descubrió todo!)
FAC. Ramón, ahí tienes una nueva pista.
RAMON. Señora, ¿de quién es este sombrero?
EMILIA. ¡Qué sé yo! Mío no es tampoco.

RAMON. Sí, ya nos lo figuramos.
FAC. ¿Si será del joven de antes?
EMILIA. ¡Cómo! ¿Te atreves á suponer?
FAC. Nada más lejos de mi ánimo que suponer que haya vuelto á preguntar por Martínez.
EMILIA. ¡Facundo!
RAMON. Emilia, es necesario que sepamos quién ha dejado aquí este sombrero.
FAC. Nada, no hay que alarmarse: todo se explicará satisfactoriamente... ¡Tate! Huellas fresquitas de barro en la alfombra.
EMILIA. (Este hombre parece de la policía judicial.)
RAMON. Emilia, ya no es posible el disimulo...
FAC. Serenidad, Ramón, serenidad... Pero tú conoces su pie; le has medido... Rastreemos... ¡Toma! Cualquiera diría que los pasos se dirigen hacia esa habitación.
RAMON. Sí, efectivamente.
EMILIA. (Todo se ha perdido.)
RAMON. Tienen razón los que dicen que el delito siempre deja huella.
FAC. Sí; siempre... que llueve.
RAMON. Señora, el sietemesino ha vuelto y está en ese cuarto.
EMILIA. No lo creas.
RAMON. ¿Qué no? Ahora lo veremos... (Abre la puerta de la habitación.)
FAC. Mucha calma, Ramón, mucha calma.
RAMON. Salga usted, caballero, sabemos que está usted ahí.

ESCENA XXI.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Ahora me descuartizan.) Beso á ustedes...
FAC. Nada; no nos besa usted nada.
RAMON. ¿Qué hacía usted ahí?
ENRIQUE. ¿Yo?... Les diré á ustedes... yo...
FAC. Lejos de nuestro ánimo el pensamiento...
RAMON. Supongo que no estaría usted buscando al señor Mar-

ENRIQUE. No, no señor.
RAMON. ¿Qué buscaba usted entonces?
ENRIQUE. Pues... una salida.
RAMON. ¡Caballero!
ENRIQUE. No, no, ahora lo recuerdo; buscaba mi abrigo.
FAC. ¡Su abrigo! ¡Y le tiene encima!
ENRIQUE. Tengo encima uno; pero no el mío. Advertí el cambio al entrar en el número ocho, y le vine á deshacer.
RAMON. ¿Más embustes todavía?
ENRIQUE. No, señor, pregúntele usted á don Facundo.
FAC. ¿Á mí?
ENRIQUE. Sí, señor; es suyo el abrigo que lleva?
FAC. ¡Toma! Pues es verdad que no... Venga el mío, y tome usted, tome usted...
EMILIA. (¡Gracias á Dios!)
FAC. ¡Ah! Voy á sacar la caja de cerillas que metí en un bolsillo.
ENRIQUE. (¡Cáspita!) No, no señor; yo se la daré á usted.
FAC. Si es lo mismo: yo la sacaré...
ENRIQUE. Caballero, usted me ofende; usted cree sin duda que me voy á quedar con ella...
FAC. No, hombre, no...
ENRIQUE. Tome usted su caja... ¡Dios mío! ¡Las cartas no están!
FAC. ¡Las cartas!
RAMON. ¿Qué cartas?
ENRIQUE. No, no, si yo no he dicho...
RAMON. ¿Qué cartas, caballero? Responda usted en seguida.
ENRIQUE. Pues les diré á ustedes... (¿Qué les voy á decir?) Les diré á ustedes...
RAMON. ¡Pronto!
FAC. ¡Pronto!
ENRIQUE. No son cartas escritas... sino cartas... vamos... cartas de baraja... naipes... eso es, naipes...
FAC. ¡Usted sí que es un naipe de primera!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y SEVERO.

SEVERO. ¿Se puede entrar?
RAMON. ¿Quién es?
FAC. ¡Silencio!... Adelante.
SEVERO. Con permiso... He encontrado este paquetito en la puerta, y venía á ver si se le ha perdido á alguno de ustedes...
FAC. ¡Las cartas! (Las coge.)
EMILIA. (¡Dios mío!)
ENRIQUE. Dispense usted, caballero, son mías.
FAC. ¡Discutible!... Se han caido del abrigo que traía yo puesto.
ENRIQUE. Pero el abrigo era de mi propiedad.
FAC. (Leyendo la cubierta del paquete.) «Carta de mi ángel...» ¡Zapateta!
RAMON. ¿Quién es ese ángel?
FAC. No, no te apures: si hay un medio de saberlo. (Va á abrir el paquete.)
ENRIQUE. Caballero, la correspondencia es inviolable.
FAC. ¿Inviolable? ¡Cómo se conoce que no ha remitído usted fondos por el correo!... Serenidad, Ramón...
EMILIA. Una palabra... Puesto que á mí es á quien se acusa, sólo mi marido tiene derecho á leer esas cartas.
RAMON. Tiene razón.
FAC. Sí la tiene; pero vas á sufrir mucho. ¿Quieres que te evite la primera impresión?
RAMON. No, dame ese paquete.
FAC. Puesto que lo quieres... (Se le da.) Pero, por Dios, Ramón, serenidad, mucha serenidad.
RAMON. ¡Emilia!
EMILIA. Lee, ya que es preciso.
ENRIQUE. (Más vale que sea éste que el otro.)
FAC. (¡Pobre Ramón! ¡Me da una lástima!)
RAMON. ¿Qué veo?... ¡Cármen!... ¡Ah!

EMILIA. (Á Ramón.) ¡Silencio!
FAC. ¿Te da mal?
RAMON. ¡Quita!... Emilia, dame un abrazo.
FAC. ¡Ah! ¡Perdona! ¿Ves? Menos daño hace la certeza misma del mal que la incertidumbre.
RAMÓN. (Á Enrique.) ¡Caballero!
FAC. (Conteniéndole.) No, eso, no: nada de sangre, ni de escándalos...
RAMON. Déjame en paz... usted es sin duda...
ENRIQUE. No, no senor... nada más que un amigo de Julio Tijeretas, que ha querido hacerle un favor.
FAC. ¿De Julio Tijeretas? ¡Toma! Pues ahora lo comprendo todo... decían que había tenido relaciones con mi esposa, y era con la tuya...
RAMON. Efectivamente.
FAC. ¿Ves? Hasta sin buscarlas encuentro pruebas de mi felicidad. (Á Enrique.) ¿Se rie usted?
ENRIQUE. No, no señor...
FAC. ¡Qué escándalo! ¡Los tres hablando en la mayor armonía! ¡Que sábia es la Providencia!... Las mujeres no engañan más que á los maridos que merecen ser engañados.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN TRES ACTOS.

LAS DE REGORDETE, juguete cómico en prosa.

EN DOS ACTOS.

AMISTAD Á RÉDITO, juguete cómico en prosa
DE INCÓGNITO. (1) id,; id.
DEL ERROR Á LA MENTIRA, id.; id.
¡EL CAMPO! id.; id.

EN UN ACTO.

LOS AMIGOS DE BENITO, (2) juguete cómico en prosa.
ENTRE DOS FUEGOS, id.; id.
VESTIRSE DE AGENO, id.; id.
EL DE ANOCHE, id.; id.
REMEDIO HERÓICO, id.; id.
ESPECIFICO MORAL, comedia en verso.
VENCER POR SORPRESA, id.; id.
AL MAESTRO CUCHILLADA, id.: id.
HERIR EN LO VIVO, id.; id.
CARA Ó CRUZ, id.; id.
¡NICOLÁS! comedia en prosa.
CRISIS TOTAL, pasillo en verso.
TRES AL SACO, juguete lírico en prosa. Música del maestro Taboada.
ANGELES Y SERAFINES, (3) id.: id. Música del maestro Taboada.
¡PORRE GLORIA! id.: id. Música del Maestro Nieto.
¡AL BAILE! id.; id. Música del maestro Taboada.
TRADUCCIÓN LIBRE, incidente conyugal en prosa.
LOS INCONVENIENTES, juguete cómico, en verso.
LOS INCASABLES, comedia en prosa
SAUTERIE DE SUSANA, pasillo cómico-lírico. Música del maestro Taboada.
POR DELEGACIÓN, juguete en un acto y en prosa.

---

(1) Con la colaboración del Sr. Segovia Rocaberti.
(2) Con la colaboración del Sr. Sanchez Ramón.
(3) Con la colaboración del Sr D. Enrique Prieto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin,* Puerta del Sol; de *Don M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarria*, Plaza del Ángel, *n.*° 12, y de *Gonzàlez é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.